

## ¿Tiene el dolor un código universal?

Paloma Arroyo

¿Cómo recrear el dolor de la guerra desde la expresión más visceral?

A esta pregunta trata de dar respuesta Eugenio Barba con *La vida crónica*, incluida en la programación del último Festival de Otoño en Primavera.

Llevar a escena este planteamiento es, sin duda, un reto muy arriesgado, pero parece que no hay ningún desafío que Eugenio Barba no se atreva a asumir. No hay sino que mirar a la historia del grupo que dirige desde 1964, integrado por los “desechos” –alumnos rechazados- de la escuela de teatro de Oslo. Barba (inmigrante italiano) decide entonces trabajar con ellos en un refugio antiaéreo en Noruega, y, posteriormente, trasladarse a Dinamarca. Es allí donde crea un laboratorio de investigación teatral, conectado con las enseñanzas de Grotowski (su maestro) y, por extensión, con una necesidad de trascender el arte hacia la antropología.

La inquietud de Eugenio Barba va más allá del espectáculo. Responde a la de un investigador. Barba es una suerte de científico que bucea en las posibilidades de expresión de la emoción humana, buscando un lenguaje común (el cuerpo, la voz y su sonoridad, etc.) Eso hace que su trabajo sea de una intensidad actoral muy original (auténtica, si se me permite la palabra). Encontramos verdad en la escena, aun cuando no conozcamos muy bien los referentes.

La búsqueda de lo universal en la decodificación es un tema muy recurrente en la vanguardia del pasado siglo. Artaud fue uno de los pioneros de este concepto. No obstante, dicho esto, los tiempos han cambiado, el público ha cambiado y las necesidades son otras. Después de la vanguardia, de la investigación en el cuerpo humano de los 60-70, ha renacido el interés por recuperar la comunicación popular, la necesidad de hacerse entender la mayoría. Sin embargo, aunque el entretenimiento no es incompatible con la investigación, a menudo, nos encontramos en escena con códigos tan ajenos a los tradicionales que requieren de una abstracción que la mayoría no está preparada o dispuesta a hacer.

La belleza escénica del *Odin Teatret*, el interesantísimo trabajo gutural sobre la locura que entraña la pérdida en la guerra (trabajada a partir de canciones, llantos, bailes, risas, ritos... todo es posible en la escena surrealista del terror) escapa a muchos espectadores a causa de la dificultad que supone acceder al código que *La vida crónica* plantea. El público se siente sacudido, desde luego, pero, sobre todo, confuso. No sabe muy bien que pensar o sentir cuando acaba el espectáculo. Si éste era el objetivo perseguido por Eugenio Barba, lo alcanzó con creces.

En este nuevo siglo, lo surrealista ha devenido realidad. Finalmente, el sueño dorado de Breton está aquí, entre nosotros, y para muchos ha resultado un tanto decepcionante. Acaso porque muchos piensan que ahora toca, en un mundo caótico y sobre-informado, poner un poco de racionalidad, alguna suerte de

lenguaje universal para que la comunicación espectáculo-espectador fluya mayoritariamente sin problemas (¿....?) .

## Un espectáculo total

*Javier Hernando Herráez*

El mundo es un misterio y sólo a través de él puede ser contado. La vida, con sus dolores y alegrías, siempre encuentra grietas por las que escaparse. Eugenio Barba, historia viva del teatro, fija su punto de partida en la esencia del ser humano para desentrañar las claves de su comportamiento, sin olvidarse de la pequeñez del hombre, situado frente a lo desconocido y lo inaprensible.

En *La Vida Crónica*, Eugenio Barba crea un universo plástico donde los personajes nacen de lo desconocido para hacerse universales a través del folclore, del terruño; realizando un viaje iniciático por medio del dolor que produce la pérdida de un ser querido. Presencias que nacen de la tierra para volver a ella, pero que no olvidan la real

idad que nos rodea. Cada gesto, cada signo nimio es un asidero trenzado con sutileza que hace el espectáculo una vivencia plena para el espectador, haciéndole partícipe, en todo momento, desde su mutismo cómplice.

La atmosfera personal, creada a partir de la luz, de la corporalidad del actor, del espacio sonoro, el vestuario o de la potencia visual de las imágenes, nos sumerge en un ambiente teatral propio, emocional, donde lo que se dice está más allá del significado –equivoco- de las palabras, creando éstas una música de raíz telúrica. El *Odin Teatret* da forma a un espectáculo total, donde el sonido de un bloque de hielo goteando sobre una palangana de metal o una canción de rock se convierten en pura poesía escénica.

El público situado a dos bandas, viéndose las caras, se hace consciente de la fragilidad que encierra la vida, del llanto y de la risa; y su mirada se convierte en intérprete de la ceremonia, perturbándola. El misterio no existe para que sea explicado, existe para que sea vivido. Al final llega el silencio de quién acaba de comprender algo importante, una esencia que no se puede explicar, tan solo, con palabras.

REVISTA

PRIMER ACTO Cuadernos de investigación Teatral N<sup>a</sup> 342 1/2012 ESPAÑA